

MARA BRENT

# ELIGE EL CORAZÓN

ESPERANZA ES UNA MUJER REBELDE QUE CONOCERÁ  
EL AMOR Y LA TRAICIÓN; VIVIENDO PELIGROSAMENTE



Nunca sabremos lo que las estrellas nos depararán.

## I

Fue allí, delante de la cama de mi abuelo, cuando me di cuenta de que ya nada sería como siempre.

Cuando llegó Matías ya había anochecido. Llevaba al hombro un palo del que colgaba un farol como única compañía.

Venía a presentar sus respetos a su amigo del alma, su amigo de tantas batallas, el que le había salvado la vida. Pero para mí era mi abuelo, mi guía, mi todo, y se estaba muriendo.

Estaba desolada, y lo único que hacía era frotar mis manos contra mi vestido en un intento de controlar el nerviosismo. A mi lado mis hermanos, pegados a mí, mudos, preocupados por el abuelo pero también por verme a mí sin iniciativa, abatida y derrotada como nunca me habían visto.

Perdimos a nuestros padres muy pronto, nuestra madre en el parto de Blasillo y nuestro padre poco tiempo después de una caída en el bosque cuando estaba cazando. Éramos tres hermanos: Juana, Blas y yo, Esperanza, que era la mayor. El abuelo apareció para el entierro de padre y ya no se volvió a marchar.

Estábamos esperando al cura para la extremaunción, pero nos habían dicho que lo habían requerido en el castillo y que tardaría. Me imaginé que no se daría prisa puesto que en nuestra mísera casa no iba a recibir ni dinero ni comida. Me indignó pensar que alguien sermonease tanto contra el pecado, pecando tanto de gula y avaricia y desatendiendo a sus feligreses. A mí me daba igual, pero el abuelo había tenido fe y merecía un respeto.

El abuelo murió o, mejor dicho, se fue marchando de a poco hasta que exhaló un último suspiro, como en muda resignación por abandonar este mundo.

Matías se puso a rezar de rodillas y los demás le seguimos, yo abriendo la boca en un murmullo, con un dolor que me abrasaba toda. Lágrimas corrían por mis mejillas sin poder ni querer hacer nada por evitarlas.

Ya era media mañana cuando llegó el cura. Don Fermín era un hombre grande, fofo, con la cara roja de los excesos. Tenía mal genio y el haber tenido que acercarse a nuestra casa no se lo habría mejorado. Rezó un responso sin ganas, y todo lo demás lo hizo de igual manera.

"¿Tenéis dinero para el entierro?"

"No -tuve que decir."

Él ya sabía que no teníamos y no me parecía que nos tuviese que humillar tanto, pero me tuve que callar.

Aún quedaban unas pocas sábanas de lino que habían pertenecido a mi madre. La mayoría las habíamos ido vendiendo para comer, pero iba a utilizar una para cubrir a mi abuelo, no quería que fuese colocado sin más en la tierra.

Mi abuelo era muy querido en la zona, pero vino solamente gente de granjas cercanas, los demás estaban muy alejados y casi seguro ni se habían enterado.

Todo se hizo muy deprisa puesto que el cura no quería estar más de lo necesario. Se envolvió a mi abuelo en la sábana y cuatro hombres lo cargaron. Fuimos al cementerio y allí mismo, con un breve rezo se le dio tierra. No tenía ni derecho a que se hiciese una misa por su alma, me indigné.

## II

Allí mismo se decidió nuestra suerte, la que el cura había dispuesto; Juana se iría con una familia, Blas con otra y yo iría al castillo, a trabajar. La choza que era nuestra casa no era nuestra en realidad, estaba en los dominios del castillo. Nos habían permitido vivir allí o simplemente ni sabían que existía.

Nos iban a separar, creía que no iba a soportar tanto dolor. Lo único que tenía era a mis dos hermanos y me los iban a quitar. Pero además yo iba a ser castigada enviándome al castillo, yo era la "rebelde" porque una vez le dije a Don Fermín que si para Dios todos éramos iguales, porque él trataba tan diferente a pobres y a ricos. No me pegó porque el abuelo se lo impidió.

Pude dar un abrazo y un beso a mis hermanos y verlos marchar con sus nuevas familias. Al menos no eran tan pobres como nosotros. Cultivaban tierras del castillo y podían comer todos los días. Eso era algo que nosotros desconocíamos. En los últimos tiempos, con el abuelo ya enfermo, era yo la que salía a cazar y muchas veces volvía con las manos vacías. También recogíamos bayas silvestres y algunas manzanas, pero eso era todo. Tuvimos una cabra que fue la que salvó a Blasillo de bebé, pero en un invierno especialmente malo, con mucha pena nos la tuvimos que comer porque si no los que moríamos éramos nosotros.

El cura se puso en marcha y yo tuve que seguirle. Me imagino que era también una excusa para poder beber, seguro de que algo de vino le darían.

Llegamos al castillo y se fue derecho a la cocina. Era un lugar inmenso y un ejército de personas trajinaba entre lo que me pareció una cantidad de comida escandalosa. Recordé que hacía mucho que no había comido y el estómago me empezó a rugir. Había varias chimeneas encendidas con ollas en ellas y había mucho humo, lo que me hizo toser. Vi al cura hablar con un hombre y señalarme. Después se acercó a mí y me dijo;

"Sigue a este hombre y no le pierdas."

El hombre se puso a andar tan rápido que casi tenía que correr. Subimos escaleras, anduvimos por unos pasillos iluminados con antorchas lo que me pareció una eternidad, hasta que llegamos ante una puerta. La abrió y pasamos a una gran sala que estaba llena de gente. A un lado había una bancada de piedra y me hizo una seña para que me sentara allí. En el centro había una mesa donde había un hombre de mediana edad sentado. En la sala había muchas personas, algunos nobles, otros campesinos.

### III

Entonces llegó el conde. No era el que estaba en la mesa, ese era el secretario como me enteré más tarde. Entró dando grandes zancadas. En ese momento me pareció un gigante, yo estaba acurrucada en el banco y era pequeña.

Se sentó en la mesa, y empezaron a desfilar primero los nobles, que estaban en pie. Yo lo veía todo maravillada y veía al conde mirándolo todo altivo y con desgana. Uno tras otro fueron pasando y yo me fui quedando amodorrada por el frío y el cansancio.

Habían pasado muchas horas e iba quedando poca gente. Yo estaba adormilada cuando me pareció oír mi nombre:

"Esperanza García, ¿Está aquí Esperanza García?"

El que hablaba era el secretario. Me puse en pie, me costó puesto que me dolía todo el cuerpo de tantas horas en el banco. Avancé hasta donde se habían parado los demás. El conde miraba aburrido, los ojos entrecerrados.

"Señor, no tiene familia y Don Fermín nos ha pedido que le demos trabajo aquí a cambio de comida y cama."

No es cierto, no es cierto, quería gritar. Tengo dos hermanos y me los han quitado.

"Dinos tu fecha de nacimiento -me dijo el secretario."

"16 de marzo de 1764."

"Está muy flaca, pero parece sana. Chica, abre la boca para que te veamos los dientes -me dijo nuevamente el secretario."

"No soy un caballo."

"¿Cómo? -era el señor, que había abierto los ojos."

"Que no soy un caballo de vuestras cuadras -temblaba, muchos por menos seguro habían sido azotados."

No obstante le miré desafiante, pero es que estaba harta, había perdido a mi abuelo, a mis hermanos y me habían llevado allí. Llevaba horas esperando y tenía hambre y frío. Ya me daba igual lo que me hiciesen.

El señor se me quedó mirando fijamente un rato y después dijo:

"Que se marche a la cocina. Allí siempre hay trabajo. Y que le den un vestido, no lleva más que harapos."

Tocaron una campanilla y apareció un criado que me llevo a la cocina por un camino diferente. El castillo era inmenso, no me extrañaría que alguien se hubiese perdido y no lo pudiesen encontrar.

## IV

Ese día me dieron un vestido marrón hasta el tobillo y unos zapatos. Se me hacía raro, hacía mucho que no tenía zapatos y nunca había tenido un vestido tan largo, por lo que entre una cosa y otra al principio no hacía más que tropezarme, hasta que me acostumbré.

En la cocina había muchísimo trabajo. Me pasaba el día acarreando leña, verduras, carne, desplumando pollos, faisanes, gallinas y mil cosas más que había que hacer. A la noche terminaba agotada y caía rendida en el jergón que tenía en el cuarto al lado de la cocina donde dormíamos todos los que allí trabajábamos. Hacía calor puesto que las chimeneas no se apagaban nunca.

Lo que no faltaba era la comida. Naturalmente no era la de los señores, se hacía una distinta, sencilla pero buena. Nunca en toda mi vida había comido diariamente y era una sensación increíble. Creo que había engordado incluso.

Llegó el invierno que fue especialmente crudo. Las nieves llegaron muy pronto y me alegré de que por lo menos estuviese en un lugar donde no iba a pasar ni hambre ni frío. Pero no hacía más que pensar en mis hermanos. Sabía lo que un invierno duro suponía en una granja y solo esperaba que la cosecha hubiese sido buena para soportar el peor invierno en años.

## V

Un día de abril un criado se presentó en la cocina y me dijo que me requerían arriba. Le seguí y nuevamente fuimos por lo que me pareció una sucesión infinita de escaleras y pasillos. El criado tocó ante una puerta.

"Adelante -se oyó decir."

Me hizo entrar, cerrando tras de mí.

La estancia era una biblioteca, llena de lo que me parecieron muchísimos libros. El señor estaba al lado de una ventana, mirando hacia fuera. Volvió la cabeza cuando me oyó entrar.

"Vaya, así que eres tú."

Yo me quedé sin decir nada, me imaginaba que me iba a regañar. ¿Para qué me había llamado si no?

"Mi madre, la condesa viuda de Campoviejo, acaba de llegar, está muy delicada y prácticamente no ve, así que he pensado que le vendría bien una persona para que le haga compañía y le lea los libros que ella ya no puede leer. A ti te ha recomendado su doncella."

Pero bueno, ¿Cuándo iban a dejar de humillarme?

"No sé leer -tuve que decir."

"¿Cómo?"

"Que no sé leer -dije casi gritando."

"¿Por qué?"

"No sé, igual preferí gastarme el dinero en harapos -dije, mirándole a los ojos."

Se me quedó mirando de forma extraña, pensativo.

¿Pero qué les pasaba a los ricos? Parecía que el dinero les ablandase el seso.

Mi madre sí sabía leer, lo cual era extraordinario, pero murió cuando yo tenía cuatro años y no me pudo enseñar.

"Esto lo cambia todo, tendré que pensar que hacemos, ya te diré cuando lo haya decidido."

Me hizo un gesto con la mano para que me marchase.

Esta vez no había un criado para que me acompañase así que me tenía que guiar por la intuición. Me dio pánico perderme por los pasillos. Después de muchos rodeos, olí a humo y a comida por lo que llegué a la cocina sin novedad.

Más tarde me di cuenta de algo que había dicho: Que una doncella me había recomendado. ¿Pero quién? Yo no conocía a nadie en el castillo. Lo deseché pensando que era un error.

Dos días pasaron y un criado volvió para decirme que me requerían nuevamente. Otra vez anduvimos largo rato hasta que llegamos ante una puerta que el criado tocó.

"Adelante -esta vez era una voz de mujer."

Entré en una sala diferente. Era muy acogedora, con una gran chimenea y cantidad de cuadros. Había unos sillones que parecían muy confortables. Sobre uno de ellos una mujer, algo mayor, con el pelo totalmente blanco, tapado con una redecilla y vestida de negro.

"Pasa, pasa querida. Así que tú eres Esperanza. Acércate que casi no veo. Yo soy Catalina."

"Sí señora."

"¿Cuántos años tienes?"

"Dieciocho."

"Vaya, no me habían dicho que eras tan mayor. ¡Pero si estás en edad casadera!"

Yo me ruboricé intensamente.

"No señora, no tengo ninguna intención de casarme -ni ahora ni nunca pensé, pero eso no lo dije."

"Me ha dicho mi hijo que no sabes leer y es una pena. Lo que más echo de menos ahora es no poder leer. Su hija, mi nieta, tiene un preceptor que le da clases y tú irás cuatro horas al día con ellos hasta que aprendas. Espero que seas aplicada. El resto del tiempo me atenderás y ayudarás a mi doncella."

Su doncella, la que me había recomendado, quizá la conociese pronto.

La señora hizo sonar una campanilla y al poco apareció una criada.

"Lleva a Esperanza a su habitación y que se ponga el vestido que tiene sobre la cama.

Yo ahora voy a echar la siesta. Nos veremos a la hora de la cena. Mi doncella irá a buscarte. Hasta luego."

La criada me acompañó hasta una habitación que estaba dos puertas más allá. Era una habitación muy pequeña, con una cama, una silla y un pequeño arcón por todo mobiliario. Pero a mí me parecía increíble, nunca había tenido tanto. Todo era un error, estaba segura, y en cuanto se descubriese yo volvería a la cocina.

Sobre la cama había un vestido encarnado que me dejó sin habla. Era muy sencillo, sin adornos de ningún tipo, pero me parecía el vestido más bonito que había visto nunca. Al lado una redcecilla para cubrir el pelo. Fue lo único que me dio pena, mi pelo negro era mi mayor orgullo.

No pude resistirlo y me lo puse. Al rato tocaron la puerta.

"Adelante -dije."

"Hola, soy María y soy la doncella de la señora condesa. Me alegra mucho conocerte, Esperanza."

"Yo no te conozco y creo que esto es un malentendido."

"¿Tú no eres la hija de Eloísa Meneses?"

" Sí."

"Pues entonces no hay ningún error, yo conocí a tu madre."

"¿Que erais, amigas o parientes? Ella murió cuando yo tenía cuatro años así que casi no me acuerdo de ella. Y mi padre cuando tenía seis."

Me miró de una forma que no supe interpretar.

"Bueno, ya te contaré algún día, con tiempo, es una historia muy larga. Ahora te voy a enseñar las habitaciones que están destinadas a la señora condesa y a su séquito entre el que me incluyo.

Aunque creo que deberías conocer primero a la nieta de la señora ya que vas a tomar clases con ella. Ahora estará merendando con su niñera. Vayamos a su habitación."

Atravesamos varios pasillos hasta que llegamos a la habitación de la niña. Era una niña rubia y muy bonita, pequeña y delicada. Tenía diez años y estaba en ese momento jugando con un pequeño gatito blanco. Tenía una pequeña fusta en la mano que movía para que el gato lo persiguiera.

"Hola, Elena, esta es Esperanza y va a ir a clases contigo."

"Hola, ¿Te gusta mi gatito? Me lo han traído hoy y le voy a llamar bolita."

"Me gusta mucho, es precioso. Espero que seamos amigas."

La niña no me contestó, ensimismada como estaba con el gatito. Nos despedimos y salimos.



## VI

Al día siguiente comenzaron las clases. El preceptor era un francés estirado al que se le notaba que no le gustaba darme clase, para él era bajar de nivel. Se llamaba Etienne. Así que me puso al fondo de la habitación con un pizarrín en el que yo garabateaba números y letras una y otra vez. Era muy aburrido, pero yo me aplicaba puesto que quería aprender para poder leer los libros que había visto en la biblioteca, aunque no sabía si tendría permiso.

Era una actividad tan monótona que me permitía seguir la lección sin mucho esfuerzo, y me encantaba, aprendía mucho. La niña en cambio no prestaba mucha atención, preocupada como estaba de su pelo, su ropa, sus lazos. Era un poco malcriada pero una niña buena en el fondo. También era muy coqueta y presumida, para desesperación del profesor.

Un día estábamos en la clase cuando apareció el conde. La niña se puso a dar saltitos de contento.

"¡Padre, padre, qué bien que hayas venido! Así te puedo enseñar mi gatito blanco. Le he llamado bolita, y la verdad es que eso es lo que es, una bolita."

"No he venido para hablar contigo sino con tu profesor, Elena. Pórtate bien."

La niña se puso muy triste. No me podía creer que fuese tan cruel. Así entendí el rumor que corría por el castillo: Que su esposa se había marchado a la casa de sus padres puesto que no soportaba su crueldad. Sentí pena por la niña, mis recuerdos de la niñez eran que había tenido unos padres muy cariñosos y buenos, nos faltaba de todo menos el cariño. Mi abuelo quizás era un poco más seco, menos dado a demostrar sus sentimientos, pero siempre nos había demostrado que nos quería mucho y que éramos lo más importante para él.

El tiempo pasaba velozmente, los días pasaban rápido entre las clases, en atender a la señora condesa y hacer múltiples tareas, todas más livianas que las de la cocina, entre ellas coser, que era lo que más hacía. Empecé cosiendo pequeños adornos, encajes y pasamanería en los vestidos de la señora y después pasé a ayudar a montar los complicados vestidos incluso uniendo las piezas. María me decía que se me daba muy bien, yo creo que me estaba enseñando aposta un oficio que me pudiese ayudar fuera del castillo.

También era buena inventando historias que les contaba a ambas, puesto que todavía no era capaz de leer con soltura. Les relataba historias que contaba mi abuelo y otras inventadas por mí. Eran historias a veces truculentas, a veces jocosas, a veces exageraba cosas que habían pasado de verdad en el pueblo, pero así pasábamos la tarde entretenidas y divertidas, ya que casi no salíamos de la habitación de la señora puesto que ella no salía y nuestro cometido principal era atenderla.

Un día que estaba yo sola con la condesa apareció de repente su hijo. Apenas un pequeño golpe en la puerta y ya estaba dentro, le miramos sorprendidas. Él se acercó a su madre y, cogiéndole las manos, se las besó. Me sorprendió ese gesto tan tierno, tan considerado, nunca le había visto así. No era el padre rudo que yo había conocido. Salí rápidamente puesto que me parecía que era un momento demasiado íntimo. Me quedé fuera, en la puerta, esperando a que terminase. Salió pasado un buen rato.

"Veo a mi madre con muy buen aspecto lo que me alegra. Me ha hablado muy bien de ti, que está muy contenta contigo y que además cosas muy bien. Y no sé qué de unas historias muy divertidas que les cuentas."

Yo me sonrojé, en ese instante me di cuenta de que me miraba muy fijamente. Su mirada era muy penetrante y me puso nerviosa.

"Bueno, ella está todavía un poco débil, aunque no hay nada que una buena comida no arregle. María y yo le obligamos a comer porque no comería casi nada."

"Puedes ir a la biblioteca cuando quieras y coger libros para leérselos. Me imagino que ya sabrás leer ¿No?"

"Todavía lo hago con dificultad, aunque me esfuerzo mucho."

Se marchó sin decir nada, a grandes zancadas. Yo estaba cohibida en su presencia, él era muy alto y yo muy pequeña, me asustaba bastante. En ese momento me di cuenta también de que era muy atractivo, me sorprendió pensar en él como un hombre, hasta entonces había sido el señor sin más.

## VII

Llevaba tiempo dando vueltas a una cosa que le quería pedir a María: Quería ir a visitar mis hermanos, hacía mucho que no les veía y quería ver si estaban bien. Me parecía que podría salir a media tarde, cuando la señora echaba la siesta, así no se notaría mucho mi ausencia. Lo que no podría era verlos a los dos la misma tarde, no me daría tiempo. Se lo pregunté a María:

"Querría ver a mis hermanos, hace meses que no les veo y me gustaría visitarlos, he pensado ir una tarde a ver a uno y otra tarde al otro, si te parece."

"¿Irías sola? No sé, los caminos son peligrosos."

"No me importa, estoy acostumbrada, tendré cuidado. Además no me acompañaría nadie así que si tengo que elegir entre ir sola o no verles, quiero ir. Quiero saber que están bien."

"Bueno, pero se lo diremos a la señora condesa, ella debe saberlo."

Salí finalmente una tarde en que no hacía tanto calor como otras. Me sentía muy bien y ligera, había decidido ir a ver primero a Blasillo. Se había ido con la familia que tenía la granja más cercana al castillo.

En la granja, me encontré con que solamente estaba la mujer del granjero, el resto estaban en el campo puesto que se estaban empezando los trabajos de la siembra.

Fui a donde me indicó y allí me encontré con el granjero, sus dos hijos y mi hermano, que era más joven que ellos, aunque tenía ya catorce años. Me sorprendió verle, había crecido mucho en esos meses y ya estaba trabajando como el resto. Se alegró mucho de verme. Estuvimos hablando largo rato pero yo le notaba nervioso, el granjero cada vez nos miraba más seguido. Me di cuenta de que tenían mucho trabajo por lo que me despedí de ellos. Me dio pena haber estado tan poco tiempo pero me alegró mucho volver a verle y ver que estaba bien.

Cuando estaba de regreso empecé a oír el ruido de caballos y cornetas a lo lejos. El conde estaba de caza con sus amigos, algo había oído, el castillo estaba lleno de gente que había llegado de visita.

Al doblar un recodo, me encontré frente a frente con el jabalí más grande que había visto en mi vida. En el costado le asomaba parte de una saeta que tenía clavada. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y recordé lo que mi abuelo me había dicho: Que no había animal más peligroso que un jabalí herido.

Nosotros no los cazábamos porque eran peligrosos y porque además estaba prohibida su caza, eran para el señor del castillo.

El animal me iba a embestir y me di cuenta de que sólo tenía una oportunidad. Me agaché con cuidado y cogí un palo. El animal vino hacia mí y esperé su embestida. En el último momento me hice a un lado y le di con todas mis fuerzas con el palo en la saeta, clavándosela más adentro. El animal soltó un alarido y después de un salto se desplomó en el suelo, muerto. Yo caí al suelo, de rodillas, las piernas no me sujetaban.

Casi inmediatamente, el conde apareció montado en su caballo, al que hizo parar. El caballo era un animal magnífico, negro, yo no había visto uno igual en mi vida. Ambos, hombre y caballo, componían una estampa formidable. No sé si había visto lo que había pasado. Creo que sí. Se me quedó mirando:

"¿Estás bien? ¿Puedes andar?"

"Sí, claro que sí."

Intenté ponerme en pie pero no pude. Me sentí estúpida, pero el conde se bajó del caballo y me ayudó. Luego me subió al caballo, montó detrás de mí y así volvimos al castillo. Estaba

pensando en que me iban a reñir, pero además pensaba en lo bien que me sentía encima del caballo, era una sensación de libertad increíble.

Cuando llegamos al patio del castillo el conde desmontó primero y luego me cogió en brazos para bajarme, estaba débil aún. Sentí que me fallaban las piernas nuevamente ¿Qué me pasaba? No lo sabía, pero el día no se me iba a olvidar fácilmente, había estado a punto de morir. Me marché corriendo, sin mirar atrás.

María se escandalizó y me riñó, y naturalmente me dijo que no me iba a dejar salir sola de nuevo. Yo sentí mucha pena, quería saber cómo estaba Juana. Mi hermano no había podido decirme nada puesto que no había sabido nada de ella desde el día en que nos separaron. Tendría que buscar a alguien, pero no era más que una criada, no iba a tener un criado para que me acompañase.

Después de aquel día, además de las lecciones con Elena para aprender a leer, empecé a recibir clases para montar a caballo. La niña montaba en un pony y a mí me dieron un caballo pequeño al que podía subir sin mucho esfuerzo. Me encantaba montar a caballo y pronto me desenvolvía bastante bien. No me podía creer que estuviese sucediendo, yo era una criada y estaba teniendo muchos privilegios. Había empezado a aprender para acompañar a la niña cuando fuese un poco más mayor.

El profesor de equitación era todo lo distinto al preceptor francés que podía ser: Era bastante joven y muy agradable y tenía una sonrisa cautivadora. Se llamaba Luis. Se me ocurrió después de unos días que, ya que lo único que hacía era dar las clases, me podría acompañar una tarde a visitar a Juana.

Se lo propuse un día y me dijo que le parecía muy bien, que podríamos ir a caballo, puesto que según le dije la granja estaba un poco lejos.

Salimos una tarde los dos, disfrutando mucho con el paseo. Yo estaba muy contenta de volver a ver a Juana. Luis era simpático pero me di cuenta, fuera del castillo y de las clases, de que era un poco aburrido.

Cuando llegamos a la granja vimos que parecía abandonada. Los campos estaban sin trabajar, llenos de maleza, y me temí lo peor. La casa no estaba mejor. Tocamos la puerta y, contrariamente a lo que pensábamos, al de un rato ésta se abrió. Nos abrió la mujer que yo recordaba que se había llevado a Juana.

"Hola, soy la hermana de Juana y he venido a visitarla."

"¿Quién? Perdona, te has equivocado, aquí no hay ninguna Juana."

Sentí como si me hubiesen tirado un jarro de agua fría.

"Juana es mi hermana, os la llevasteis el día del entierro de mi abuelo porque Don Fermín os lo pidió."

"No es verdad, iros de aquí, estáis molestando."

Sentí que Luis me cogía del brazo y me llevaba consigo. Me dejé llevar, o casi arrastrar. Me subió al caballo y volvimos. No recuerdo casi nada de lo que pasó después. Ni en muchos días.

Enfermé, y fue del dolor de no saber lo que le había pasado a mi hermana. No me había equivocado de granja ni de mujer. Estuve con fiebres muy altas, delirando al parecer, y hasta el médico me visitó de lo que se preocuparon todos.

Sólo recuerdo vagamente a personas que me visitaban, algunas desconocidas, una me imagino que el médico. Recuerdo a María, a Luis y al conde, pero este último no podía ser, sería fruto de mi delirio.

Finalmente me recuperé pero sentía una gran congoja por mi hermana. ¿Qué había pasado? ¿La habrían matado? ¿Se habría muerto y no me lo querían decir? Sentía una gran melancolía que

no se aliviaba de ninguna forma.

Luis me contó que aquel fatídico día vio al granjero apareciendo detrás de la mujer, bastante bebido y amenazador y, viendo que no íbamos a lograr nada y que era hasta peligroso, le pareció que nos debíamos marchar. Habían mandado después gente a preguntar por la zona, pero parecía que se la había tragado la tierra.

Me permitieron volver a mis tareas. No me dejaron volver a las clases de equitación, decían que no me convenían los esfuerzos, pero creo que era porque pensaban que me escaparía a buscar a mi hermana.

## VIII

Las tardes cuando la condesa echaba la siesta las pasaba en la biblioteca, leyendo. Ya era capaz de leer aunque no lo entendía todo. Me fascinaban los libros y todo lo que se aprendía con ellos. Había todo tipo de libros, de historia, de filosofía, de ciencias, de botánica, novelas. Yo estaba fascinada.

Una tarde apareció el conde y se sorprendió de verme. Yo me preocupé porque no debía estar allí pero él me tranquilizó, me había dado permiso para ello. Yo iba todas las tardes y de vez en cuando aparecía él.

Allí él parecía otra persona, más accesible, yo le hacía muchas preguntas sobre lo que leía y él me contestaba con mucha paciencia. Yo misma me sorprendía de lo tranquila y confiada que me sentía en su presencia. Era un momento en el que no parecíamos lo que éramos: Él el señor y yo la criada, en ese momento y lugar éramos iguales. Eran unos momentos únicos, puesto que las pocas veces que le veía fuera de la biblioteca se mostraba altivo y distante.

Un día, estando en la habitación de la condesa entró un joven. Estaba muy bien vestido, a mi parecer hasta un poco extravagante debido a que el conde y su madre vestían de forma más sobria y discreta. Después me enteré que estaba vestido a la última moda de Francia, que era la que mandaba en esas cuestiones.

El joven era Francisco, el hermano pequeño del conde, y acababa de llegar de la Corte. Era alto y bien parecido. Lo primero que hizo fue besar a su madre y después dijo:

"Vaya, pero si yo pensaba que sólo había flores en el jardín -se dirigía a mí."

Yo me ruboricé intensamente y me quedé sin saber qué decir, y él soltó una carcajada.

A partir de entonces venía todas las tardes un momento a ver a su madre y nos hacía reír con sus tonterías y zalamerías. Era muy divertido y eran muchas las ocasiones en las que me lanzaba piropos que yo no sabía ni podía contestar.

En algunas ocasiones en que estaba Francisco aparecía su hermano y yo veía que fruncía el ceño, al parecer le molestaba que nos estuviese entreteniendo. No había visto nunca persona tan cambiante: Podía ser un hijo solícito y un padre rudo, en la biblioteca era una persona con la que se podía hablar y fuera de ella huraño y altivo.

Un día que estábamos en los aposentos de la condesa se presentó el conde y nos dijo que saliésemos.

María y yo esperamos en la puerta.

"¿Qué habrá pasado? Ha entrado como un huracán -dijo María."

"Si, algo grave parece."

Esperamos mucho rato y, cuando salió, únicamente dijo:

"Ya podéis entrar."

Entramos y vimos a la señora seria.

"Mi hijo me acaba de decir que ha venido un mensajero puesto que su esposa se encuentra enferma y es probable que muera. Así que va a partir a la mayor brevedad con su hija y su hermano. El castillo de sus suegros está a tres días a caballo. Yo no puedo hacer semejante viaje."

Nos quedamos en silencio, la tarde la pasamos calladas.

## IX

A la mañana siguiente estaba con la señora puesto que no tenía clases, cuando ella, con un suspiro:

"Cuánto lamento no haber acompañado a mi hijo en este viaje. Su matrimonio ha sido muy desdichado, me hubiese gustado estar con él. Pero ya no soy más que una anciana que no sirve para nada."

"No penséis eso, no sois ninguna anciana aunque no estéis en condiciones de viajar. Perdonad el atrevimiento, pero ¿Por qué decís que su matrimonio es desdichado?"

"Sabes que la gente de nuestra posición se casa por conveniencia, no por amor. Su esposa, Clara, parecía la candidata perfecta: Bella e inteligente, el matrimonio además iba a suponer una gran alianza. Ellos prácticamente no se vieron hasta la boda y, poco después, salió el verdadero carácter de ella. Era una persona vanidosa y egoísta que gustaba demasiado de la compañía de otros hombres. Pero estoy hablando demasiado. Esperanza, ya sé que eres discreta y no debo decirte que esto no debe salir de aquí."

"No se preocupe, no se lo contaré a nadie, lo siento mucho."

No podía dejar de pensar en lo que me había dicho la señora. Ahora entendía porque él era tan altivo. En ocasiones había incluso pensado que el conde estaba triste, pero lo había desechado pensando que eran imaginaciones mías.

Pasaba todo el día con la condesa a excepción del rato en que ella echaba la siesta, momento en el que iba corriendo a la biblioteca. Estaba fascinada por todo lo que leía y había decidido dedicarme también a estudiar.

Casualmente una tarde apareció Luis, y se quedó conmigo hablando de tonterías. Yo le escuché educadamente pero me disgustaba que me robase tiempo de estudio.

Lo que no imaginaba es que iba a aparecer todas las tardes, aburrido como estaba sin trabajo, y a mí me aburría e irritaba enormemente. Pero estaba atrapada, no era más que una criada que tenía el extraño privilegio de poder disponer de los libros de la biblioteca pero no podía ser insolente ni mucho menos con alguien que tenía una posición superior a la mía.

Una de esas tardes, la puerta se abrió bruscamente y ahí estaba el conde, se quedó mirándonos. Ya había vuelto del viaje. Yo estaba sonriendo a Luis en un intento de que no se me escapase un bostezo.

"Pero bueno, ¿Qué pasa aquí? ¿Tú no deberías estar con mi madre?"

"Sí señor, perdone, ahora mismo voy."

Salí corriendo, intentando no llorar. Me había afectado mucho el tono del conde y cómo me había mirado.

Entré en la habitación de la condesa que ya estaba sentada en un sillón con María.

"¿Eres Esperanza? Pasa, querida. Mi hijo ha vuelto y naturalmente ha pasado lo que temíamos, su esposa ha fallecido. La niña está en su habitación y, aunque hace tiempo que su madre no vivía aquí, estará afectada. Quiero que vayas y la consueles."

"Naturalmente, ahora mismo voy."

Fui a la habitación de Elena. Me daba pena la niña. Había perdido a su madre, aunque no vivía con ella, y tenía a su padre que no la trataba bien. Lo que necesitaba era cariño y no tenía más que a su abuela, a la que veía poco, puesto que estaba recluida en sus habitaciones y muy delicada.

Abrí los brazos y ella se refugió en ellos. Lloraba e hipaba y le temblaba todo el cuerpo. Yo

le empecé a cantar una canción que me cantaba mi madre y se fue calmando poco a poco, aunque seguía sollozando.

Llevábamos mucho tiempo así hasta que sentí que alguien nos miraba. Era el conde, parado en la puerta. Nos estaba mirando y en ese momento me pareció desdichado, me hubiese gustado abrazarlo igual que a la niña, pero eso estaba totalmente fuera de lugar, era una locura pensarlo incluso. Al de un rato se marchó sin decirnos nada y me pareció que debíamos ir con la condesa.

"¿Estás mejor? ¿Quieres que vayamos con tu abuela? Me parece que es lo mejor que podemos hacer. Pasaremos la tarde con ella."

"Sí, me parece bien."

El resto de la tarde la pasamos en la habitación de la condesa. La niña estaba tranquila y ya no lloraba. Imaginé por lo que había pasado: Un viaje largo y pesado, su madre que ya estaba fallecida para cuando llegaron, el funeral, el regreso. Había tenido que guardar la compostura en todo momento y por eso en la habitación había estallado, había tenido mucha tensión.

Me preguntaba qué pensaría el conde respecto al hecho de haberse quedado viudo de una mujer a la que no veía nunca.



## X

Se iba a celebrar una misa en la capilla del castillo para aquellos que no habían podido viajar. Muchos la habían tratado pero al parecer fue poco el tiempo que vivió con su esposo, por lo que no la conocían demasiado.

Don Fermín iba a oficiarse la misa. No le había visto desde el día aciago en que me separó de mis hermanos, pero iba a intentar si tenía ocasión de preguntarle por Juana. Tenía que intentarlo, puede que supiera qué le había pasado, además era su responsabilidad puesto que él había decidido lo que había que hacer con nuestras vidas.

Pocos días después se ofició la misa en recuerdo de la condesa. La capilla estaba llena del personal del castillo y también había algunos nobles y lugareños. El conde, su hija y su madre estaban sentados en unos grandes sillones de terciopelo rojo en un lateral, cerca del altar. Y Don Fermín, de espaldas, con una casulla blanca con hilos dorados recitando unas letanías en latín. Cientos de velas iluminaban la capilla por lo que había mucho humo. Se me estaba irritando la garganta y no quería empezar a toser, por lo que salí procurando no hacer ruido.

Una vez fuera, me sentí mejor. Decidí quedarme un rato. Entonces oí unos cuchicheos y corrí a ocultarme tras una columna, tal vez a quien fuese no le pareciese bien que yo no estuviese en la misa.

Cuando pude ver quién era me sorprendí bastante: Eran el hermano del conde y una criada con la que yo había trabajado en la cocina. Era una chica un poco simple y tosca, con la que había cruzado pocas palabras, entre otras cosas porque ella se creía superior a mí porque llevaba más tiempo que yo.

Francisco le estaba tocando un pecho e intentaba darle un beso a lo que ella respondía con fingida timidez. Me pareció bochornoso que estuviesen haciendo eso a la puerta de la capilla donde se oficiaba una misa por su cuñada.

Entonces me di cuenta de que mi intuición no me había fallado: Tras esa fachada de hombre elegante, agradable y divertido se escondía una persona cínica y hasta cruel. Pese a las zalamerías y los halagos, en el fondo yo siempre había visto que no era de fiar.

Nunca había respondido a sus devaneos y ahora me daba cuenta de que yo podría haber sido esa criada si le hubiese seguido el juego.

El conde, pese a que había tenido a su mujer lejos, nunca me había hecho ninguna insinuación de ningún tipo ni había oído que se lo hubiese hecho a ninguna criada.

Al parecer la misa había terminado porque empezó a salir la gente. La criada se marchó corriendo a la cocina y Francisco se quedó allí parado, por lo que hube de permanecer oculta un rato más.

Al final salieron el conde, con su madre y su hija y, poco después, Don Fermín. Decidí abordarle allí mismo.

"Buenos días, Don Fermín, ¿Se acuerda de mí?"

"Sí, tú eres la nieta de Pedro, ¿No?"

Me miraba con cara de pocos amigos, como siempre, pero yo seguí con determinación.

"El otro día fui a visitar a mi hermana Juana y me encontré con que no estaba con los campesinos que se la habían llevado. Quería saber si vos sabíais algo."

"¿Y por qué tendría yo que saber algo, chiquilla descarada?"

"Vos decidisteis nuestro destino así que creo que sois responsable de lo que le haya pasado a mi hermana."

"¿Pero cómo te atreves a reclamarme a mí, a un ministro del señor? -dijo en voz alta, con las venas del cuello a punto de estallarle."

"¿Qué pasa aquí? -era el conde, que obviamente había oído la discusión."

"Esta muerte de hambre me reclama que soy responsable de lo que le haya podido pasar a su hermana. ¡A mí! ¡Cuánto descaro!"

"No os consiento ni el tono ni el lenguaje, Esperanza es la doncella de mi madre y la apreciamos mucho. Su hermana ha desaparecido y vos la entregasteis a unos campesinos, así que debéis responder por ello."

"Pero yo no sé lo que ha pasado con ella, ¿Por qué debería? Yo la entregué a una familia cristiana, no sé lo que ha pasado después -había cambiado el tono, se veía que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no estallar."

"Pues si habéis decidido por ellos como si fueseis su tutor, también deberéis preocuparos por su bienestar. Así que iréis a la granja acompañado por un criado mío y les preguntaréis por ella. Si es una buena familia cristiana podéis amenazarles hasta de excomunióon si no colaboran. Quiero que partáis en este mismo instante."

El conde y Don Fermín se marcharon y yo me quedé con la condesa y su nieta. La niña miraba asustada, había sido desagradable. Yo la abracé para tranquilizarle, después nos fuimos a la habitación a pasar el resto de la tarde

Pese a todo, Don Fermín tampoco consiguió nada. Fue a la granja acompañado por un criado y, después de insistir mucho, los campesinos le dijeron que Juana se había marchado un día de repente por lo que ya no sabían de ella. Al parecer tampoco se habían preocupado ni habían hecho nada por saber qué le había pasado.

No me creía lo que decían. Sentí una gran desazón, si se hubiese escapado sería porque la trataban mal y hubiese venido al castillo.

## XI

Algún tiempo después, Luis vino a la biblioteca a decirme que se marchaba.

"¿Por qué? ¿La niña no va a recibir más clases?"

"No lo sé, el señor me ha dicho que no necesita más de mis servicios. Me ha dado una cantidad muy generosa de dinero. Por un tiempo me iré a Madrid donde vive mi madre y después buscaré un trabajo.

Ya sé que es precipitado, pero me gustaría casarme contigo. Me gustas mucho, eres bonita y me parece que a mi madre le gustarías también. Cuando encuentre un trabajo mandaré a buscarte y nos casaremos entonces. ¿Qué me dices?"

La cabeza me daba vueltas. La petición me pilló de sorpresa. ¿Que yo le gustaba? Pues él a mí no. Era aburrido e incluso algo pagado de sí mismo. Yo ya sabía quién me gustaba, pero era tan inalcanzable como las estrellas que estudiaba en los libros.

Así que me encontré con que tenía que decirle que no me interesaba pero no quería hacerle daño. Empecé con cautela.

"La verdad, soy muy joven y no me veo casándome con nadie. No soy más que una criada..."

"Pero me prometes que lo pensarás, ¿No?"

"Lo siento pero no, deseo que te vaya muy bien y encuentres una chica que te quiera."

La cara se le torció horriblemente. Me sorprendió que se enfadase tanto, pero no me parecía que debía darle esperanzas cuando no tenía ningún interés en él. No hubiese sido honesto.

Salió dando un portazo. Me dejó disgustada y pensando si tal vez había otro Luis que no conocía, que lo de ser simpático era pura fachada. Todo le era fácil, trabajaba pocas horas, cobraba por ello y encima vivía en un castillo con todas las comodidades. Pero una negativa, y se convertía en una persona que hasta daba miedo.

Decidí no pensar más en ello y salí, la condesa ya se habría levantado de la siesta.

Los días pasaban y yo ya podía leerles a la señora y a María algunos libros. Para ello solía tomar novelas y libros de caballería, que me gustaban especialmente. Hablaban de épocas pasadas, de caballeros y princesas y la cabeza se me iba en imaginarme a mí en aquella época siendo galanteada por un caballero alto y atractivo como el conde. Suspiraba pensando en porqué el corazón elige por una lo que no parece ni cuerdo ni razonable.

La niña pasaba las tardes con nosotras y yo la ponía a pintar o sino jugábamos a cartas, al truco. Nos habíamos cogido mucho cariño, ella estaba muy necesitada de ello.

Francisco un día se marchó y ni siquiera se despidió, me imagino que de su madre sí se despediría. Desde aquel día de la misa solo lo había visto en un par de ocasiones y no habíamos hablado. La condesa lo único que dijo es que se había ido a Madrid, puesto que era un noble sin tierras por lo que debía hacer carrera en la corte. Era su hermano, que era el mayor, el que lo había heredado todo.

## XII

La noticia corrió como la pólvora: El marqués de Peradiel iba a visitar el castillo, por lo que pronto empezaron los preparativos para recibirlo. Al parecer había sido amigo del padre del conde y era bastante influyente en la corte. Pero además iba a estar acompañado por su mujer y su hija. Su hija, Elvira, era joven y muy bonita y pronto empezaron los cuchicheos, al parecer venía para casarse con el conde.

Sentí una punzada cuando lo oí, solo habían pasado dos meses desde que había fallecido su mujer y ya estaba pensando en casarse de nuevo. Me irritó puesto que no me pareció bien, y además sentí una pena muy grande.

El día en que llegaban las visitas me asomé a la ventana cuando oí ruido. Pude ver al conde saludando a un señor tan alto como él. A su lado una señora regordeta vestida con gran lujo, y un poco más allá la hija. La hija era delgada y alta y estaba vestida también lujosamente. Era bellísima, de pelo rubio con un peinado intrincado, lleno de lazos y tirabuzones.

Sentí ganas de llorar, ella era perfecta, cómo no se iba a casar él con esa diosa. Tendrían niños preciosos, como su hija Elena, niños de pelo rubio y tez blanca. Normalmente me sentía poca cosa, con mi baja estatura, mi pelo negro, pero ese día me sentí más pequeña que nunca.

Mientras estuvieron las visitas no vi al conde. Una noche María bajó a la condesa al comedor puesto que se iba a celebrar una cena para agasajar a los invitados. Yo me fui a mi habitación y allí sí, tumbada en la cama no pude parar de llorar.

Ya no iba nunca a la biblioteca, me invadió una gran tristeza y me costaba mucho comer. Sabía que María y la condesa estaban preocupadas, pero yo les tranquilizaba diciendo que estaba bien, que no se preocupasen por mí.

Una semana después los invitados se marcharon. Según había oído, iban a estar más tiempo, pero por algún motivo se habían tenido que marchar.

Al día siguiente el conde se presentó de repente en nuestra habitación.

"Madre, tengo que hablar contigo. Esperanza, ve a la biblioteca y espérame allí."

Salí sorprendida, algo grave habría pasado. En la puerta de la biblioteca estaba un criado que me abrió la puerta cuando llegué y se quedó fuera. Yo cogí un libro y lo abrí, pero era incapaz de leer nada. Y allí estaba, nerviosa y agobiada, pensando en qué podía estar pasando, pero nada se me ocurría. Pasó mucho tiempo, tanto, que hasta pensaba que se habían olvidado de mí. Hasta que finalmente entró el conde.

"¿Qué estás leyendo?"

"No sé, he cogido un libro pero ni sé cuál es. Estoy preocupada por lo que puede haber pasado -le miré, pero su cara no mostraba ninguna emoción."

"No te preocupes, no es nada malo. Es simplemente que, como sabes, querían que me casase con la hija del marqués -me miraba fijamente."

"Sí, ya lo sé -intente aparentar serenidad."

"Pues el caso es que estoy harto, me casaron con una chica que resultó ser una harpía y ahora se presentan con una niña tonta para lo mismo. No te imaginas lo estúpida que es, es perfecta como adorno pero nada más, tiene la cabeza hueca. Les he dicho con suavidad que no pienso casarme con ella y se han ido muy ofendidos. Espero que no tenga consecuencias."

"¿Y por qué me cuenta esto? -dije con un hilo de voz."

"Porque voy a casarme contigo, quieras o no. Ya me ha dicho mi madre que no tienes intención de casarte, pero lo vas a hacer conmigo."

"¿De verdad?"

"Ahora en serio, ¿Quieres casarte conmigo?"

"Sí -casi no me salía la voz, no me podía creer lo que estaba pasando."

Me cogió las manos y me las besó igual que había hecho con su madre. Yo me puse a llorar, toda la tensión acumulada estaba saliendo, aunque odiaba que él me viese llorar.

"No te preocupes Esperanza, todo está bien. Estoy enamorado de ti y sé que tú también lo estás. A mi madre le parece bien, pero ya me ha dicho que no va a ser fácil. He ofendido al marqués para casarme con una criada. Pero he sido desgraciado en mi matrimonio y no pienso serlo otra vez. Por cierto, me llamo Alonso y me puedes y debes tutear."

"¿Cómo sabía, sabías, que estaba enamorada de ti?"

"La verdad no estaba seguro, pero cuando estábamos aquí en la biblioteca me parecía que yo te gustaba. Tu conversación era única, muy inteligente y yo disfrutaba muchísimo. Pero solo podía venir de vez en cuando porque estoy muy ocupado, lo cual me dolía, me hubiese gustado venir todos los días.

Además, mi madre me ha dicho que esta última semana estabas abatida, María y ella se daban cuenta del motivo aunque tú disimulases."

Me sonrojé, no pensaba que supiesen lo que pasaba por mi cabeza.

"¿Y el criado que está en la puerta? -pregunte, en parte por curiosidad y en parte por cambiar de tema."

"Ese criado ha estado siempre que yo estaba contigo aquí en la biblioteca porque no quería que nos molestasen. Excepto el primer día, claro.

Y, ¿Sabes otra cosa? Ya estaba harto de espantar moscones."

"¿Moscones? -dije sorprendida, no sabía a qué se refería."

"Sí, Luis, el profesor de equitación. Imagínate, vuelvo de unos días horribles deseando estar aquí contigo y te encuentro con él y además sonriéndole."

"La verdad le sonreía por educación, me parecía muy aburrido y me irritaba que me interrumpiese el estudio. Pero estaba atrapada, no podía hacer nada."

"También estaba mi hermano, te estaba cortejando y no podía soportarlo. Él muchas veces ha seducido a criadas e incluso a mujeres casadas y luego las ha abandonado en una situación comprometida que hasta he tenido que solucionar en ocasiones. Me daba miedo que te engañase.

Este lugar no le gusta, le parece muy aburrido. Si vino aquí sería por un tiempo y porque tendría algún problema en la corte y querría poner tierra de por medio. Le dije que se marchase, que prefería no verle por aquí. Su sitio está en Madrid, intrigando es como se siente como pez en el agua."

"Yo podía haber caído en sus brazos, pero me daba cuenta de que era cínico y cruel. Además un día le pillé con una criada."

"Esperanza, te adoro, eres tan inteligente. No olvidaré el primer día en la sala de audiencias. Echabas fuego por los ojos, eras increíble, tan pequeña, con tu melena negra, dabas miedo. Me impresionó tu pasión."

Entonces me cogió en sus brazos y me besó. Primero suavemente, nunca me habían besado y creo que él era consciente de ello. Pero después poco a poco con más pasión, hasta que creí que me derretiría. Me sujetaba con fuerza, porque sino me hubiese caído.

### XIII

Mi vida no cambió demasiado pese a todo. Decidimos no precipitarnos en casarnos, no teníamos prisa, debíamos organizar muchas cosas y yo debía aprender, no sabía demasiado de cómo había que comportarse en sociedad.

Me dieron una habitación cerca de la condesa, muy grande y bonita, y se me iba el día entre estudiar, con Elena y el preceptor, aprender protocolo y un montón de cosas más. Seguía yendo a la habitación de la condesa para estar con ella y María, aunque estaba menos tiempo puesto que estaba muy ocupada.

También salíamos Alonso, Elena y yo a montar a caballo algunas tardes, ya que no había profesor ni lo iba a haber en un tiempo. Me encantaba montar a caballo. Alonso me dijo que se dio cuenta de que me gustaba cuando me llevó al castillo, que le pareció que debía aprender y utilizó la excusa de que era para acompañar a su hija porque sino hubiese sido extraño.

Lo que me irritaba era que él era muy distante con la niña y que no le hablaba cuando salíamos. La niña no se dirigía a él y me hablaba a mí de sus cosas, en un intento de que su padre en algún momento le dijese algo.

Un día en que fue especialmente rudo con ella sentí que ya no podía más. Esperé a que llegásemos al castillo y mandé a la niña con su abuela. Le dije a Alonso que fuésemos a la biblioteca.

No bien habíamos cerrado la puerta, Alonso me agarró de la cintura, me miraba divertido.

"No estoy de humor -le dije seria."

"¿Qué ocurre? -me miró preocupado."

"Ocurre que te portas muy mal con tu hija y no lo soporto. Que tu mujer te hiciese daño no te permite que le hagas eso a la niña. Es una niña muy buena y solo quiere que le hagas un poco de caso. Pienso si no vas a hacer lo mismo con los hijos que tengamos y no me gusta nada."

No pudo evitar una mueca de dolor. Me preguntaba qué es lo que pasaba.

"Bien, nos vamos a casar y no debemos tener secretos. Me cuesta mucho hablar de lo que me duele, pero debo contártelo. Mi mujer se quedó embarazada de Elena y se rumoreó que podría no ser yo el padre puesto que ella tenía amantes, pero es que yo, hartado de ella, ya no visitaba su alcoba por lo que sabía sin ninguna duda de que no lo era.

Cuando le dije que no le iba a consentir que me engañase más, se rio en mi cara y me dijo que haría lo que quisiera, que si no quería un escándalo tendría que aguantarle.

Cuando la niña tenía dos años la envíe con sus padres puesto que no la soportaba más y trataba mal a la niña. En el fondo fue casi como una venganza ya que, pese a que me había dicho que haría su capricho, allí sí que no podría quedarse embarazada, puesto que entonces hubiese sido un gran escándalo para sus padres.

Quiero a la niña, sabía que aquí iba a estar mejor y por eso la tengo conmigo, pero no la puedo ver cómo hija mía. El problema es que me recuerda demasiado a su madre y su traición, y por eso me enfado con ella a veces."

"Cuánto lo siento, has tenido que sufrir mucho, pero tienes que olvidar y perdonar, ella se ha muerto y la niña no tiene ninguna culpa de nada, trátala como tu hija."

"Sí, ahora te tengo, mejor dicho, te tenemos y debo pasar página."

Me besó, con pasión pero también con ternura. Sentía que lo amaba profundamente y que debía ayudarle a curar las heridas. Tenía treinta y dos años y yo dieciocho, pero sentía que él era más vulnerable que yo.

## XIV

Una idea me rondaba por la mente: le diría a Alonso si podíamos traer a Blas al castillo. A fin de cuentas era mi hermano y yo quería tenerle cerca. El recuerdo de Juana estaba muy presente, no podía olvidar que la había perdido, por lo que no quería que pasase lo mismo con mi hermano.

Alonso me dijo que naturalmente que podría tenerlo conmigo. Así que una tarde que salimos a cabalgar, a la vuelta nos lo trajimos con nosotros.

Los campesinos que lo habían cuidado se despidieron con pena de él, y a Blas también se le veía emocionado. Eran buenas personas, perdían unos brazos para el campo pero también lo habían tratado como un hijo.

Ese día Alonso le habló en un par de ocasiones a la niña, y ella estaba tan emocionada y contenta que le hablaba a Blasillo como si le conociese de siempre.

Así que en adelante en las clases estábamos Elena y yo sentadas juntas y al fondo Blas con el mismo pizarrín que yo había utilizado, muy aplicado. Yo no dejaba que la niña se distrajesen con tonterías y le obligaba a prestar atención, a lo que el profesor, si bien seguía siendo muy estirado, me lo agradecía, no con palabras no obstante, hubiese sido pedir demasiado. El preceptor era muy culto, al parecer provenía de una familia acomodada que había caído en desgracia, y se veía obligado a dar clases donde le requirieran. Me imagino que no había tenido que ser fácil para él.

A Blas le dieron una habitación muy bonita cerca de la del conde, y a la niña le cambiamos a una más cercana a las nuestras, por lo que se podía decir que había un ala de mujeres y otra de hombres.

Por la noche cenábamos todos juntos, la condesa incluida, que con la ayuda de María bajaba al comedor. Estaba bastante recuperada y se la veía feliz, la única pena era que casi no podía ver.

Me había dicho que le alegraba mucho que me fuese a casar con su hijo, era una mujer sencilla que me había tratado con cariño y a la que había llegado a querer mucho. Y qué decir de María, ella estaba siendo como una madre para mí.

Alonso tenía mucho trabajo, empeñado en mejorar las condiciones de los campesinos. Los cultivos eran deficientes y pretendía modernizar las labores del campo y que se utilizasen las mejores tierras. Otros señores vivían en Madrid, preocupados en vivir con lujo y en cobrar unas rentas escandalosamente altas, importándoles muy poco si los campesinos tenían para comer.

Nuestra vida transcurría sin sobresaltos, dedicados a nuestros quehaceres y teniéndonos los unos a los otros. Nada podía empañar nuestra felicidad.

## XV

Una mañana en que me estaba vistiendo para desayunar, oí un golpe en la puerta. Era María, que me pedía entrar.

"Hola, veo que ya estás vestida. Querría hablar contigo si te parece."

"¿De qué se trata?"

"¿Recuerdas que te dije que conocía a tu madre? Pues ha llegado el momento de que te cuente toda la historia."

"La verdad ardo en deseos de que me la cuentes, es tan poco lo que sé... Mis padres murieron demasiado pronto -suspiré."

"Hace bastantes años yo trabajaba en un castillo más o menos como este. Estaba al servicio de un marqués, su esposa y sus tres hijas. Yo era la niñera y al final sólo estaba al cargo de la más pequeña, las otras dos ya eran mayores. Nos queríamos muchísimo, era la más guapa e inteligente y también un poco rebelde. Cuando cumplió los doce años pasé a ser su doncella."

"Bien, ¿Pero esto que tiene que ver con mi madre?"

"Un poco de paciencia, te lo contaré todo. Cuando cumplió los dieciséis, ya estaban buscándole pretendientes como era habitual, pero ella los rechazaba todos. Cuando cumplió los dieciocho, celebraron una gran fiesta con muchos invitados, entre ellos los nobles jóvenes de la zona. Pero ella continuó rechazándoles, diciendo que no se iba a casar nunca. Sus padres estaban desesperados."

En ese momento tuve un pálpito. María siguió hablando.

"A ella le gustaba mucho cabalgar y salía a montar a caballo, siempre con su padre. Sus hermanas ya no vivían en el castillo, se habían casado hacía tiempo, haciendo todo lo que se esperaba de ellas y la mayor ya tenía dos hijos mientras que la segunda no tenía ninguno.

Pero de lo que no se dio cuenta nadie es que se había enamorado del mozo de cuadras. Era un joven guapo y muy simpático. Él se encargaba de los caballos y se hablaban cada vez que se veían, hasta que al final sucedió lo inevitable y se enamoraron. Yo sabía que algo pasaba, ella no era la misma, tenía momentos de euforia con otros de abatimiento, pero no me dijo nada. Sabía que era un amor imposible."

Yo no podía casi respirar, las revelaciones me estaban dejando muda.

"Él era pobre, ese enamoramiento era impensable y fue todo un escándalo cuando se descubrió. El mozo fue despedido, y una noche Eloísa me dijo que estaba embarazada y que se iba a fugar, que Pedro le estaba esperando fuera. Le ayude a cargar en una pequeña calesa unas cuantas cosas, no muchas, entre ellas las sábanas de lino que ella había bordado para su ajuar."

Eloísa, mi madre, y Pedro, mi padre, de los que había desconocido su pasado y que ahora me era rebelado. Yo no había conocido ni caballo ni calesa y sí las sábanas, que siempre me habían chocado en nuestra choza humilde. Lo que había permanecido inmutable era el amor que se profesaban, eso lo recuerdo, si bien ya no nítidamente. Su amor tan grande se extendía también a nosotros. María seguía hablando.

"En una ocasión me llegó una carta. Era de tu madre, me decía que estaban bien y que habían tenido una niña a la que habían llamado Esperanza, y que se habían marchado lejos para ver si Pedro encontraba trabajo, tan cerca del castillo de su padre les era imposible. Nunca más supe de vosotros y siempre me preguntaba qué habría pasado. Además, cuando encontré trabajo al servicio de la señora condesa yo también me marché.

Así que te puedes imaginar cuando, recién llegada a este castillo, un día bajé a la cocina y



me encontré con una joven que era idéntica a mi querida Eloísa. Casi me caí del susto. Pregunté y me dijeron que te llamabas Esperanza así que ya no me quedó ninguna duda. No hacía más que pensar en cómo te podía ayudar hasta que el conde comentó que quería a alguien para que le leyese libros a su madre. Era la oportunidad que estaba esperando, así te tenía cerca de mí."

"No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho por mí. Y que me cuentes esto, no sé por qué no nos dijeron nada."

"Puede ser que estuviesen esperando a que fueseis más mayores para contároslo y luego no pudieron. Lo que no sé es si tus padres se casaron realmente, eso lo desconozco."

"Yo tampoco lo sé, el abuelo no contaba nada. ¿Por qué me lo cuentas ahora?"

"No he querido contártelo antes porque quería primero enviar un mensaje al castillo de tu abuelo. No sabía si seguía allí una amiga mía y hoy me ha llegado su respuesta, figúrate el tiempo que ha pasado. Me dice que le ha contado a tu abuelo que estás aquí y le gustaría conocerte. Él es ya mayor y no puede viajar, así que deberás ir tú. Su castillo está a una semana de camino. Ha mandado un criado con dinero para que puedas viajar, aunque tu situación es muy distinta ahora a la de hace unos meses."

"Déjame ahora por favor, debo pensar en todo ello, es demasiada información para asimilarla."

"Claro, entiendo que necesites tiempo -y dándome un beso se marchó."

Estaba sentada en la cama, pensando en todo lo que me había dicho María, cuando alguien tocó la puerta.

"Adelante -dije."

Era Alonso, parecía preocupado.

"¿Te pasa algo? No has bajado a desayunar."

"No me pasa nada, pero tengo que hablar contigo."

Le conté todo lo que me había dicho María. Estaba muy sorprendido.

"Vaya, qué historia más increíble. ¿Vas a ir a conocer a tu familia?"

"Sí, me gustaría partir de inmediato. Lo que no sé es si llevar a Blas, tal vez ahora no, no sé cómo me van a recibir, quizás más adelante."

"Sí, pienso también que es mejor que no vaya ahora. Te voy a acompañar, los caminos no son seguros."

Hicimos los preparativos y en un par de días estábamos listos para partir. Íbamos Alonso y yo y un pequeño séquito, además del criado de mi abuelo. Cuando aparecimos en el patio para montar, un hombre desconocido se me acercó.

"¿Es usted igual que la señorita Eloísa! Yo conocí a su madre, todos la queríamos mucho."

"Eso parece, que me parezco a mi madre. En estos días de viaje me vas a contar cosas de la familia que acabo de saber que tengo."

Emprendimos el viaje. Antonio, el criado de mi abuelo, me contó detalles de mi familia:

El marqués, mi abuelo, estaba viudo desde hacía años. Su hija mayor, que vivía cerca de él, también estaba viuda y tenía cuatro hijos. El mayor, que iba a ser el marqués cuando el abuelo muriese, estaba casado y tenía dos hijos. La otra hija no había tenido hijos y vivía sola y alejada de ellos.

No me dijo mucho más, pero deduje que el futuro marqués no le gustaba demasiado y que mi abuelo se encontraba muy solo pese a tener tanta familia.

De día cabalgábamos muchas horas, Alonso a mi lado, pendiente de mí. Y de noche descansábamos en alguna venta del camino, terminábamos agotados. Lo que al principio fue sospecha, después fue certeza: Alonso cada vez estaba más taciturno y pensativo.

Una noche cenando no pude más y le dije:

"¿Se puede saber qué te pasa? Estás distante y serio, pensaba que íbamos a disfrutar del viaje."

"Pero es que todo ha cambiado, ya no eres una chica pobre sino la nieta de un marqués. Puede ser que cuando veas la vida que te espera allí me dejes."

"¿Cómo puedes pensar eso? Te quiero y eso no va a cambiar nunca. Mi familia sois vosotros. Puede ser que, si tenemos buena relación con estos familiares, los visitemos de vez en cuando."

Él ya estaba más aliviado, pero así y todo lo veía preocupado.

Subimos a las habitaciones y, en un arrebato, le dije que viniese a la mía. Teníamos habitaciones separadas pero esa noche sentía que debía estar con él, estaba muy vulnerable. El me siguió en silencio y allí, a la luz de las velas, hicimos el amor.

El resto del viaje fue distinto. Cabalgábamos charlando y riendo y por las noches nos entregábamos a la pasión. En algún momento me preocupó quedarme embarazada, pero esa sensación pasaba pronto, parecía que sólo importase el aquí y ahora.

## XVI

Llegamos finalmente al castillo de mi abuelo. Era una construcción parecida a la del conde, pero más pequeña. El aspecto general era más descuidado y ni siquiera nos vinieron a recibir al patio, así que Antonio se quedó al cargo de acomodar a nuestro séquito y nosotros nos encaminamos a la puerta. Después de esperar un buen rato nos abrió una criada.

Nos hizo pasar y nos llevó hasta una habitación en la planta baja. Mi abuelo estaba sentado en un sillón al lado de una chimenea. Parecía muy mayor, con el pelo blanco y la cara muy arrugada y no se levantó, luego supimos que le era imposible. Por la mañana le levantaban de la cama y lo llevaban a ese sillón, y así pasaba el día. Me imaginé que sería una tortura, no podía moverse pero la cabeza la tenía perfectamente.

"Pasad, sed bienvenidos. ¡Es cierto! Eres igual que Eloísa, qué parecido tan asombroso. Yo quería mucho a tu madre, era la que más disgustos nos daba pero yo la adoraba. Era tan alegre, tan llena de vida... Nunca dejaré de arrepentirme por no haberle dejado casarse con el mozo. Hubiese sido un escándalo, pero al final la gente lo hubiese aceptado. Y ella estaría viviendo aquí o cerca. ¿Qué tengo ahora? Muy poco, mi familia apenas me visita ya que no le importo y cada vez tengo menos dinero porque ya no puedo administrar mis tierras y está todo descuidado."

Le presenté a Alonso y le dije que era mi prometido. Estuvimos hablando durante horas, él me contaba cosas y yo a su vez de lo que recordaba de mi madre y mi padre. Pero en un momento dado,

"¡Estoy siendo un anfitrión horrible! No hemos dejado de hablar y no os he ofrecido nada. Si os parece podemos cenar, que ya es hora. Pero deberemos hacerlo aquí, no me puedo mover."

"Nos parece bien."

Tocó una campanilla y al punto apareció una sirvienta.

"¡Juana! -grité."

"¡Esperanza!"

Nos abrazamos llorando. Mi hermana, la que creía perdida, estaba en casa de nuestro abuelo. Todo el tiempo sintiendo un vacío enorme, una pena muy grande por no verla más y estaba allí, bien al parecer.

"Abuelo, ésta es tu otra nieta, mi hermana."

"¡Qué cosa más increíble! ¡Pero si lleva con nosotros unos meses!"

Le conté a mi hermana todo lo que había pasado y cómo había descubierto la existencia del abuelo. Pero ardía en deseos de saber qué le había pasado a ella. Tenía buen aspecto. Empezó a contarnos.

"La vida en esa casa era muy miserable. Me trataban mal, me hacían trabajar mucho y solo me daban sobras. El invierno fue muy duro y pasé mucha hambre. Un día el granjero me intentó violar, pero estaba tan borracho que se dio un golpe y quedó inconsciente. Al día siguiente me miraba como preguntándose si lo había conseguido. Yo naturalmente no le saqué de su error, pero me embadurne de barro de los pies a la cabeza con lo que, unido a que dormía en la cuadra, parecía estiércol, así que me miraba con asco y no intentó nunca nada más. Figúrate, ¡Yo le daba asco!"

"¡Tenéis muchos recursos las hermanas! - dijo Alonso."

Todos le miramos sorprendidos y el continuó hablando.

"Nunca olvidaré el día en que estaba cazando cuando vi un jabalí enorme que se abalanzaba sobre una muchachita. Puse mi caballo al galope, aunque para mi desesperación sabía que no iba a

llegar a tiempo. En el último momento, pude ver que Esperanza se apartaba y le golpeaba en un costado, derribando al bruto, que cayó fulminado. Nunca he sentido tanta admiración ante tanto arrojo. La tuve que ayudar a subir a mi caballo y, ante mi estupefacción, ya que había estado a punto de morir, comprobé que estaba admirando mi caballo y disfrutando con el regreso."

"¡Eso también lo hubiese hecho su madre! Era muy valiente - dijo el abuelo."

Juana continuó su relato.

"Era ya primavera cuando un día apareció una mujer acompañada de dos hombres con mal aspecto. Era simpática o lo parecía y dijo que en Madrid estaban necesitadas de sirvientas, que a ella la habían enviado para buscar unas cuantas. Que vivían muy bien, con cama y comida a cambio de trabajo y hasta se les pagaba un pequeño sueldo, que podrían enviar a sus familias. Los granjeros naturalmente estuvieron interesados y pronto hicieron el trato; les pagó dinero por mí, no sé cuánto, y me hicieron marcharme con ella."

"He oído algo de eso, cuando el invierno ha sido duro y aún falta para la cosecha, se presenta gente que con engaños se lleva a los hijos de los campesinos a saber para qué cosas -dijo Alonso."

"Estaba aterrorizada, no me gustaba nada aquello. Nos adentramos en el bosque y llegamos a un campamento improvisado en un claro, y allí vi que había unas cuantas muchachas, doce en total, y cuatro hombres armados. Nos pusimos en marcha, los hombres a caballo y las mujeres en una carreta cerrada. Nos dirigíamos a Madrid, sí, pero a un burdel que era a donde nos llevaban. La mujer era la propietaria y le llamaban "La Doña". Sentí morirme cuando me enteré, no podía imaginar destino más cruel.

Por las noches, los hombres violaban y trataban brutalmente a las mujeres ya que, según La Doña, venía bien "para amansarlas" excepto a otra chica, Francisca y a mí. No nos podían tocar porque éramos las más valiosas y según ella iban a pagar mucho dinero por nosotras.

Después de varios días de viaje, una noche decidí escapar, me daba igual lo que me pasase en el bosque, no quería vivir así. Le dije a Francisca que se viniese conmigo, pero ella estaba tan aterrorizada que no podía ni pensar. Con mucha pena la tuve que dejar allí, estaba paralizada.

Así que me escapé y empecé a correr, aunque me tropezaba continuamente. Cuando ya no pude más, me escondí dentro de un arbusto y esperé a que se hiciese de día. Salí con mucho cuidado y a lo lejos vi este castillo. Corrí como alma que lleva el diablo, tenía miedo de que me atrapasen."

"Cuando llegaste te trajeron a mi presencia, dabas pena, toda sucia y llena de arañazos. Decidí que te quedases, aunque no me podía permitir otra boca que alimentar, y ahora descubro que encima eres mi nieta. No puedo estar más contento -dijo el abuelo."

Pasamos unos días muy agradables pero estábamos deseando volver, en casa Alonso tenía trabajo y además teníamos a nuestra familia. Le dije a Juana si quería ir con nosotros.

"No me tomes a mal, pero me gustaría quedarme aquí. Me han tratado muy bien y hay mucho trabajo. Pero además hay una persona -se sonrojó mi hermana."

"¡Cuánto me alegro! Me gustaría que vinieses con nosotros, pero ahora que sé que estás bien y dónde, ya no me preocuparé. Enfermé cuando te di por perdida. ¿Quién es él?"

"Es el mayordomo del abuelo. Nos gustaría casarnos y se lo he dicho al abuelo, le parece bien, pero de momento vamos a esperar un poco."

Nos marchamos con algo de pena pero yo estaba muy contenta de haber conocido a mi abuelo, de saber que estaría bien, atendido por Juana, de haberla encontrado, en suma, por todo.

El viaje lo hicimos casi de la misma manera que a la ida y, una semana después, ya estábamos en el castillo.

## XVII

Decidimos que debíamos casarnos rápidamente, en cualquier momento yo podía quedarme embarazada, si no lo estaba ya. Descubrí encantada que Alonso había dispuesto que Don Fermín fuese trasladado, puesto que no le gustaba y lo de Juana había sido la gota que había colmado el vaso. El sustituto ya había llegado y era un fraile agustino bastante afable.

Si Catalina y María se sorprendieron por nuestras repentinas prisas, no dijeron nada, aunque tal vez sospechasen algo.

Empecé a coser el vestido de novia con María, me hacía mucha ilusión. Íbamos a utilizar una tela de brocado azul que me había regalado la condesa. El vestido iba a ser muy sencillo puesto que la tela era exquisita, azul con hilos de plata, así que únicamente iba a llevar una blusa finísima asomando por el escote.

El vestido estaba terminado y ya teníamos fijada la fecha de la boda, cuando un día un pequeño ejército de hombres a caballo entró en el patio del castillo. Estábamos en la habitación de la condesa y no nos atrevimos a salir. Tiempo después entró Alonso, sin llamar. Cuando vi su cara me asusté.

"¿Qué ha pasado?"

"Ha venido Francisco, mi hermano, diciendo que ha aparecido un nuevo testamento de mi padre, que le otorga a él todas las propiedades. Naturalmente es falso, pero se ha casado con Elvira y su suegro le ha ayudado a cometer esta tropelía. Nos dan una hora para marcharnos."

"Eso no puede ser cierto, hijo, no te puede quitar lo que es tuyo por ley."

"Claro que puede, y si me resisto nos van a detener, por eso ha traído tantos hombres. Tú debes quedarte puesto que no puedes viajar, a ti no te hará nada, a fin de cuentas eres su madre. María, debo pedirte que te quedes, para asegurarnos de que esté bien atendida."

"Me gustaría irme con vosotros, pero mi deber está aquí, con la señora. Claro que me quedo -dijo María."

La condesa me pidió que fuese a su habitación, y cogiese un cofre que estaba en el armario. Se lo llevé y sacó el collar más increíble que había visto nunca, de diamantes y esmeraldas.

"Póntelo y no te lo quites hija, utilízalo como creas conveniente. Lleva muchísimos años en la familia, pero tal vez ha llegado el momento de que deba ser vendido."

Nos abrazamos todos llorando, no podíamos creer tanta desgracia.

Nos pusimos ropa de montar y metí mi vestido de novia en una bolsa, era incapaz de dejarlo.

Bajamos al patio y cogimos los caballos, Alonso su caballo, Elena y yo dos yeguas medianas y Blas un caballo castaño. Francisco lo miraba todo con sonrisa cruel.

"Vaya, ¡Pero si es la criadita! A mí no me hacías caso, apuntabas más alto. Has elegido mal, ya ves, mi hermano lo ha perdido todo."

Era tal mi indignación que me hubiese gustado saltarle al cuello y arañarle, pero pensaba en Elena y Blas y sabía que no me lo podía permitir. Así que me tuve que callar. Alonso estaba mudo también y me imagino que pensaba lo mismo.

Nos quitaron todo lo que llevábamos, Alonso llevaba algo de dinero en una alforja y todos llevábamos comida, que también nos quitaron. Cuando cogieron mi bolsa me resistí.

"Es mi vestido de boda, no me lo podéis quitar -grité."

"¡Así que os ibais a casar! Puedes quedártelo, pero será para casarte con un mendigo -el cinismo de Francisco no tenía límites."

Montamos en los caballos y partimos, con las manos vacías. Yo tenía el collar, pero de poco nos iba a servir en el bosque, no se podía comer. Decidí que fuésemos nuevamente a casa de mi abuelo, a pedir ayuda. Alonso no hablaba, estaba derrotado y lo único que hacía era aceptar lo que yo decía, al igual que los niños. Poco a poco se fue recuperando del golpe, pero estaba triste.

Todos los años que pasé sobreviviendo en el bosque sirvieron para que no nos muriésemos los cuatro. Los caminos eran peligrosos e íbamos con cautela, éramos muy vulnerables.

Cabalgábamos al amanecer y al anochecer, de día nos ocultábamos y yo iba a cazar con la única ayuda de un cuchillo que tenía Alonso. Asábamos las piezas de noche para que no se viese el humo.

Tardamos más de lo normal en llegar al castillo de mi abuelo y cuando lo hicimos estábamos exhaustos. Pasamos día y medio durmiendo, prácticamente no lo habíamos hecho en el bosque.

Nuestro abuelo y Juana escucharon estupefactos nuestro relato. Pero el abuelo:

"Estáis contando algo que me entristece mucho, pero no es tan inusual. Lamento enormemente deciros que no podéis quedaros aquí. Nada me gustaría más, pero en cuanto yo muera mi nieto será el marqués y no os permitirá estar aquí. Eso si no viene antes y os echa.

Tengo una casa en Madrid que mi familia no sabe que tengo. En ocasiones me iba allí y, bueno, hacía lo que me apetecía, jugaba a cartas, tenía una amiga... Hace mucho que no voy y te la voy a regalar, Esperanza. Allí podréis vivir cómodamente. Os daré dinero pero no va a ser mucho, ya lo siento."

"Te lo agradecemos mucho, abuelo, me veía viviendo en una choza de nuevo. Iremos a Madrid e intentaremos que Alonso recupere lo que es suyo."

Nos entregó las escrituras de la casa y las llaves. Nos dijo que Antonio nos acompañaría, siempre había ido con él a Madrid, que sólo estaba a tres días de camino. Y escribió una carta para que se la entregásemos a su amiga, pidiéndole que nos ayudase. No podía haber hecho más por nosotros.

Antes de partir decidimos casarnos en la capilla del castillo, estábamos prácticamente todos a falta de María y la madre de Alonso.

La ceremonia fue sencilla y oficiada por un fraile dominico. Yo, pese a todo lo que había pasado, estaba muy feliz con mi vestido azul. Alonso me miraba embelesado y para mí eso era suficiente. Estábamos juntos y superaríamos lo que fuese.

## XVIII

Partimos, no sin temor. No sabíamos lo que nos esperaba allí. Alonso había estado en alguna ocasión en Madrid y no le gustaba nada. Decía que había muchos vagos y maleantes. La corte no era mejor, llena de intrigas. Lo único que buscaban los ministros era el favor del Rey y mantenerse en el poder junto con sus amigos.

El tercer día, cuando nos estábamos acercando a la ciudad, al girar en una curva nos encontramos un pequeño tramo que estaba solitario. En medio del camino un sombrero chambergo estaba en el suelo, boca arriba. Nos extrañó pero continuamos cabalgando. De repente salió un pequeño perro ladrando. Tuvimos que sujetar los caballos, pero en cuanto se calmaron continuamos, hasta que del bosque salieron unos hombres harapientos. Serían unos quince e iban todos armados, bien con espadas, bien con garrotes. Pronto nos rodearon y nos asustamos.

"No habéis hecho caso de los avisos, así que ahora nos tenéis que dar todo lo que lleváis - dijo el que parecía el jefe."

"No sabemos de qué avisos habláis, pero si queréis dinero os lo daré, aunque es muy poco lo que llevamos - dijo Alonso."

"Desmontad ya mismo -urgió el jefe."

"Quedaos donde estáis -nos dijo Alonso."

No hay ninguna necesidad de enfrentamiento, yo os entrego el dinero y nos permitís continuar."

"¡He dicho que desmontéis ya! Os vamos a quitar los caballos por insolentes."

En ese momento me di cuenta de que nuestra vida corría peligro y de que no debíamos desmontar. De un tirón me saqué el collar de entre las ropas y lo sujete en una mano, en alto.

"¿Veis este collar? Nunca ni en vuestros sueños habéis tenido algo tan valioso. Podréis pedir mucho dinero por él."

Lo lancé por encima de mi cabeza, lo más lejos que pude. Todos los hombres fueron corriendo, excepto el jefe, que se quedó pensativo. Pero fue sólo un momento de vacilación, en seguida siguió a sus hombres.

"Al galope, rápido - era Alonso que nos urgía."

Galopamos como alma que lleva el diablo. Alonso se quedó un poco rezagado, quería tenernos en todo momento a la vista. Finalmente llegamos a las primeras casas de la ciudad y Alonso nos pidió que aminorásemos el paso, no fuese a ser que atropellásemos a alguien.

A partir de ahí fue Antonio el que nos guio entre calles. Finalmente llegamos ante una casa de dos plantas con un gran portón. De ahí se entraba a las caballerizas por lo que dejamos los caballos y pasamos a un patio. Lo inspeccionamos todo y vimos que en la parte delantera había una cocina, un comedor y una pequeña habitación, y de una escalera orientada a la puerta principal se accedía a una serie de habitaciones comunicadas entre sí, siendo la última la alcoba. Todo estaba muy sucio y olía a humedad por lo que abrimos las ventanas.

Alonso salió con Antonio. Iban a comprar algo de comer pero además Antonio iba a entregar la carta a Luisa, la amiga del abuelo.

Alonso volvió horrorizado.

"Es todo carísimo, el dinero se nos va a acabar muy pronto. Debo buscar un trabajo o moriremos de hambre."

"No te preocupes, ya nos arreglaremos. Es una pena haber sacrificado el collar, pero he pensado que podemos vender el vestido. Ya nos hemos casado, así que ya ha cumplido su

cometido."

"Siento que estemos en esta situación. No estarás arrepentida de haberte casado conmigo ¿No?"

"¡Pero qué dices! Nada me ha hecho más feliz. Te quiero y eso no va a cambiar. Superaremos esto, ya lo verás."

Nos besamos y sentí que lo amaba más que nunca, aunque sentía congoja por el futuro, temía por Blas y Elena, eran nuestra responsabilidad.

Un carruaje paró ante la puerta. De él bajaron Antonio y una señora mayor. Estaba un poco entrada en carnes y vestía de negro, con un vestido lleno de volantes y lazos.

Pasamos al comedor y Antonio nos la presentó.

"La señora marquesa viuda de..."

"Antonio por favor, déjate de formalidades, soy Luisa, y tú debes ser Esperanza -y me besó."

Era una mujer exuberante que me pareció agradable y divertida.

"Hace mucho que no veo a tu abuelo y me da mucha pena. Él no quiso que lo viera más después de que le diera el ataque. Fuimos muy amigos y yo venía a esta casa. Cuando enviudas parece que solo puedes salir para ir a misa o para hacer obras pías, así que venía aquí a escondidas. Lo pasaba muy bien con tu abuelo, yo le quería mucho -suspiró."

"Estamos en una situación comprometida y ya siento empezar con una petición, pero me gustaría enseñarte una cosa y que me digas dónde o a quién puedo vendérselo -le dije."

Bajé el vestido y se lo mostré.

"¡Pero qué vestido más maravilloso! ¡Es una obra de arte! No sé si algún salón de aquí sea capaz de hacer algo igual. Creo que te pueden pagar mucho por él."

"Lo he cosido yo junto con una doncella de mi suegra."

"¡Increíble! Tienes un don para coser. Me encanta lo sencillo y elegante que es. Yo debo ponerme muchos volantes para, bueno, disimular mi afición por los chocolates, pero ya me gustaría poder ponerme algo así."

Me lo llevaré a mi casa, invitaré a algunas amigas y les enseñaré el vestido."

"Ha sido mi vestido de novia. Me parece bien, ojalá lo vendas pronto, la vida aquí es muy cara al parecer."



## XIX

Pasaron muchos días y no teníamos noticias de Luisa. Alonso visitaba a antiguas amistades de su padre, en un intento por conseguir algún trabajo, pero no conseguía nada más que negativas. Todos eran mayores y estaban retirados de la vida pública. En la corte estaba el suegro de Francisco, así que los pocos avances que intentó fueron frenados en seco por él. Además Alonso era un hombre de campo, nada acostumbrado a las intrigas palaciegas. Lo veía cada vez más desanimado.

Vendimos los caballos, excepto el negro, en parte por el dinero y en parte porque mantenerlos era costoso. Y tuvimos que comprar muchas cosas básicas, mi abuelo solía estar sólo con Antonio y lo que tenía era lo mínimo para los dos. Se nos estaba acabando el dinero.

El carruaje de Luisa volvió a aparecer un día. Entró en la casa como un huracán.

"¡Tengo buenas noticias! No he vendido el vestido pero a mis amigas les ha encantado y me han hecho encargos."

Eso no era lo que esperaba.

"Pero yo no me puedo permitir comprar nada, ¡Cómo les voy a pedir el dinero por adelantado! Yo soy una desconocida aquí."

"Por eso no te preocupes, yo te puedo dejar el dinero. Y tal vez sea mejor que montemos un pequeño salón en mi casa, ésta no es muy apropiada."

"No puedo abusar de tanta generosidad, mi abuelo te pidió que nos ayudases, pero no creo que fuese tanto lo que pretendía."

"¡Pero si tú me haces un favor! Estoy aburridísima, siempre metida en mi casa, la vida social de una viuda de mi edad es la misma que un mueble. Además pienso quedarme con una parte de los beneficios, no te creas que todo es desinteresado. Mi marido me enseñó a hacer negocios. Y ahora mismo nos vamos a hacer compras."

Fuimos a un salón en el que la propietaria se hacía pasar por francesa para dar más empaque al negocio, según me dijo Luisa. Me di cuenta de que conocía a todo el mundo. Elegí un vestido sencillo de color azul.

"Pero chiquilla, ¡Si estás embarazada y no has dicho nada!"

Me miré con sorpresa y descubrí que la cintura había desaparecido y que asomaba una incipiente barriguita. La chaqueta de montar, holgada, había ocultado el hecho y yo, tan ocupada y agobiada con todo, ni me había dado cuenta.

En ese mismo instante sentí una oleada de ternura hacia esa criatura y supe que la querría con toda mi alma.

Más tarde fuimos a una tienda a comprar telas. Luisa lo tenía todo apuntado y compramos lo suficiente para hacer cinco vestidos. Había citado a sus amigas para que les tomase medidas para esa misma tarde, así yo empezaría a entablar relaciones.

La tarde la pasamos ocupadas, ellas tomando chocolate y yo atareada con las medidas y tomando nota de todo. Luisa había dispuesto una habitación de la planta baja como salón, muy acogedor, donde mi vestido estaba colocado sobre un maniquí como reclamo.

Cuando se marcharon yo estaba agotada, en parte por la tensión. Luisa me dijo que me fuese a casa en el carruaje y que al día siguiente podía volver y empezar a coser.

Llegué a la casa y Alonso me estaba esperando, algo serio.

"He encontrado trabajo, aunque no es lo que esperaba. Seré el preceptor de los nietos de un conde amigo de mi padre. Son dos niños, uno de diez años y otro de doce. El sueldo es pequeño,

el conde no tiene mucho dinero, pero a cambio le he pedido que admita a Elena y Blas, así que yo les daré clases a todos en su casa."

"¡Cuánto me alegro! Yo también tengo trabajo, las amigas de Luisa nos han encargado cinco vestidos. Saldremos adelante, ya lo verás. Pero hay algo más que tengo que decirte."

"¿Sí?"

"¡Que estoy embarazada! Ni me había dado cuenta, ha sido Luisa la que me lo ha dicho. ¿Te lo puedes creer? ¡Es maravilloso!"

"Cuando te pedí que te casases conmigo no me imaginé que todo cambiaría tanto. Es mi primer hijo pero no me puedo alegrar, nuestra situación es muy complicada. Lo lamento pero es así como me siento."

"¡Cómo puedes decir eso! Tenemos esta casa y ahora tenemos trabajo. Estamos juntos y eso es lo que importa. Estás un poco abatido y es normal, pero todo cambiará."

Suspiró y me besó.

## XX

Empezamos a adaptarnos a nuestra nueva vida: Por la mañana el carruaje de Luisa me venía a buscar y Alonso y los niños se iban a pie hasta la casa del conde. Antonio se hacía cargo de la casa y de las compras.

Yo pasaba el día cosiendo y Luisa me ayudaba, atendiendo a las clientas y haciendo compras. Cuando terminé los primeros vestidos otros encargos fueron llegando poco a poco. Cuando había un gran evento, bien en el Palacio Real, bien en el teatro del Príncipe, los encargos aumentaban. Además, una vez que empezó a correr la voz de que hacíamos unos vestidos exquisitos, aumentó la clientela al mismo tiempo que Luisa los precios. Debimos adaptarnos a hacerlos recargados, al estilo francés, no muy del gusto mío.

Yo me encontraba bien pero me cansaba, así que decidimos contratar a una persona que me ayudase. Se llamaba Teresa y era una modista que iba por las casas cosiendo para las familias de los comerciantes. Así que me liberó de tareas, aunque era yo la que decidía y supervisaba todo.

Alonso, pese a su reticencia inicial, se encontró a gusto dando clases. Los nietos del conde eran buenos chicos y sus padres estaban encantados, Alonso era muy culto y paciente. Blas y Elena también se portaban bien, estaban deseosos de aprender.

Una mañana temprano me puse de parto, así que cuando llegó el carruaje fue Antonio el que salió a avisar a Luisa y a los alumnos de que no habría clases. A media mañana volvió Antonio, pero con Luisa y otra mujer que resultó ser una matrona.

Tuvimos una niña, pequeñísima, con mucho pelo negro. Era una preciosidad, y yo la miraba pensando en que era imposible quererla más. A ratos lloraba mucho, con gran escándalo, y hasta me hacía reír de lo que se le arrugaba la cara y lo fea que se ponía.

Alonso estaba feliz como no le había visto en tiempo y Blas y Elena no podían estar más encantados.

Decidimos llamarla Eloísa, por mi madre.

Volví en una semana al salón y a trabajar y me la llevaba conmigo, no hubiese soportado estar lejos de ella.

Nuestra vida no era fácil, debíamos trabajar mucho, pero nos queríamos. Además, ser madre me había colmado de felicidad.

## XXI

Han pasado treinta años desde el día en que fui al castillo a trabajar, a un futuro cierto y gris y nada ha podido ser más distinto. Parece tan lejano... Mirando atrás, puedo decir que he sido muy feliz. Hemos tenido cuatro hijos, dos hijas y dos hijos: Eloísa, Alonso, Enrique y Catalina.

Nos han dado muchas alegrías, y Eloísa, que decía que no se iba a casar nunca, se enamoró sin remedio de un joven escribano y se casó, hace ya seis años. Tienen dos niños preciosos que son nuestra debilidad. Ella está trabajando en el salón, encargada del pequeño ejército de trabajadores que hoy en día tenemos.

Alonso hijo, si bien se parece físicamente a su padre, en el carácter no lo es tanto. Siempre fue un niño serio y responsable, muy ordenado y estudioso. Actualmente tiene un trabajo de mucha responsabilidad, de Secretario en la Corte, que parece hecho a su medida.

Enrique en cambio y para desesperación de su hermano, siempre fue muy alegre y bromista, más dado a cabalgar que a estudiar, y actualmente se encuentra en el castillo que fue de su padre intentando levantarlo de sus cenizas.

Catalina tiene quince años y vive con nosotros. Es una niña preciosa y muy dulce, y no sé cómo no la hemos echado a perder entre todos, de todo lo que la hemos malcriado.

Elena y Blas se enamoraron y se casaron para gran alegría nuestra hace veinte años. Elena se convirtió en una joven bellísima e instruida, de la que Alonso está tan orgulloso como del resto de sus hijos. Tienen dos hijos ya mayorcitos. Blas tiene el cargo de intendente y anda de aquí para allá ocupado con su trabajo. Elena está ahora al cargo del salón, y yo me paso de vez en cuando, más que nada por nostalgia.

Hace ya veinticinco años que María apareció en nuestra puerta. Catalina había fallecido y, poco después, Elvira abandonó el castillo y a su marido. Al parecer Francisco le trataba muy mal así que ella decidió volverse a Madrid con su padre. Llevaba un séquito numeroso y María aprovechó esa circunstancia para viajar con ellos.

Ese fue el fin de Francisco en la Corte: Estaba soportando la vida aburrida del castillo a la espera de suceder a su suegro, bien por fallecer este o porque se retirase, pero después le fue imposible acercarse a Madrid siquiera.

Cuando falleció, Elvira nos dijo que no quería nada que viniese de él, y que el castillo y todas sus posesiones eran de Alonso nuevamente. Pero a Alonso le cogió de sorpresa, ya no tenía ni la edad ni las ganas, así que Enrique decidió, con veintidós años nada más, que iría a administrar un lugar que ni conocía. De vez en cuando nos llegaba alguna carta en la que nos decía que estaba bien, y que tenía mucho trabajo.

María nos empezó a ayudar en el salón en cuanto llegó y nos convertimos en el más importante de Madrid, por delante de los de muchas modistas francesas, que eran las que tenían prestigio, trabajando incluso para la Corte. María tiene ahora noventa años, y goza de buena salud.

Íbamos contratando gente para poder cumplir con los encargos, por lo que llegó el momento en que el salón era insuficiente y lo trasladamos a la Plaza Mayor donde teníamos, además del local para atender a la clientela, otro espacio anexo como taller.

Juana y Tomás, su marido, también trabajaban con nosotros. El abuelo falleció y un buen día aparecieron en Madrid puesto, que si bien el nuevo marqués no les había echado, veían que las condiciones iban a cambiar para mal. No tenían hijos y vivían en la casa que había sido del abuelo.

Vivimos en la casa que había sido de Luisa. Luisa, la que tanto me ayudó, finalmente me dejó todo lo que tenía. Siempre me decía que estaba muy agradecida por haberle sacado de su vida monótona, pero era yo la que no podría nunca pagarle todo lo que me dio y me enseñó.

Mi vestido de boda azul, después de años expuesto, lo llevamos a casa puesto que ya estaba pasado de moda, pero sigue estando en un lugar importante de la casa, en la sala.

Alonso, aunque está ya retirado, finalmente se labró una gran reputación como profesor, y las mejores familias se lo rifaban para que fuese el preceptor de sus hijos.

Respecto a mí, llevo vestidos más sencillos que los que vendemos, y he engordado un poco, puesto que los embarazos han dejado su huella. Alonso me dice que sigo siendo tan bella como siempre y que me quiere más cada día.

Así que ahora estamos los dos tranquilos y felices, rodeados de una familia numerosa que nos quiere y a la que queremos.

Nunca he dejado de quererle, ni él a mí.

FIN

## **SOBRE EL LIBRO**

En este libro he querido hacer un pequeño homenaje a mis abuelos maternos.

Ellos, campesinos y pobres, se llevaban quince años y siempre se quisieron mucho.

Mi abuelo, cuyo primer apellido delataba que procedía de alguno de los emigrantes que durante la Edad Media fueron de la actual Alemania a Navarra, era muy alto.

Y mi abuela, única en eso de multiplicar los panes y los peces en la dura posguerra española, era pequeña. Un hermano suyo que fue a Argentina se convirtió en un jockey famoso.

Este libro está ambientado en el siglo XVIII y me he documentado sobre la época, aunque respecto al robo frustrado me he permitido una pequeña licencia, puesto que lo que relato solía suceder a principios del siglo XX.

Primeramente, los ladrones ponían un gorro o sombrero en el camino y había que depositar dinero para poder continuar viaje sin problemas. Si no se ponía, aparecía un perro ladrando. Había que poner más dinero en esa ocasión. Y si no se ponía nada, uno recibía una paliza y le quitaban todo lo que llevaba encima.

A mi abuelo le ocurrió eso en una ocasión en que llevaba encima todo el dinero de la venta de un ternero y, cuando apareció el perro, decidió desviarse del camino y meterse en el monte. Llegó a casa de madrugada, todo arañado y magullado.

## **SOBRE LA AUTORA**

Se puede decir que he sido toda la vida una devoradora de libros, de prácticamente todos los géneros, y el romántico ha sido uno de los que más he leído.

Debo agradecer a mis padres que nunca escatimaron en mi educación, con fondos sin fin para libros, diccionarios, etc., y que me enseñaran el valor de las cosas.

También debo agradecer a la Biblioteca Pública de mi pueblo, especialmente cuando era niña, por los grandes tesoros que encerraba.